

# "El placer de criar y la riqueza de pensar"

**A**n agosto pasado, tuvo lugar la presentación de la experiencia "Crianza, cantos y cuentos", que organiza el Consejo de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes de la ciudad de Buenos Aires y la Cátedra de Psicopedagogía Clínica de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, con el apoyo de la Secretaría de Educación del Gobierno de la ciudad y de UNICEF Argentina.

Se trata de una experiencia realizada con madres de niños de hasta tres años, como punto de partida de la reflexión y el debate sobre la importancia de los relatos y canciones en la constitución de la subjetividad de sus hijos.

Además de representantes de las organizaciones convocantes, disertaron Silvia Schlemenson y Silvia Bleichmar.

A continuación presentamos algunos pasajes de las conferencias.

## Sobre los relatos, las canciones y la subjetividad de los niños

"Nos encontramos en una situación de riesgo en la infancia que es la de la pérdida del deseo en las madres de los niños pequeños por la asistencia libidinal de aquellos. La crisis actual produce en ellas un arrasamiento simbólico que las deja con pocos recursos psíquicos para sostener, con ternura y confianza en el futuro, a sus hijos más pequeños.

Nuevas condiciones del mundo han colocado a un importante número de personas en situaciones límites que anulan la creatividad y el placer por la crianza. Esto, que parecería ser un problema subjetivo de cada madre, con la crisis existente se ha transformado en una amenaza social de características futuras insospechadas.

Cada vez más, las preocupaciones por satisfacer la cotidianidad restan tiempo y energía suficiente a los adultos para estructurar y reforzar lazos de contención y confianza con sus niños pequeños que posibiliten la circulación del placer alrededor de las relaciones más cercanas.

La crudeza de la crisis actual centra la atención de los adultos en los problemas mayores, sin percibir que nos encontramos en un momento de riesgo de genocidio psíquico de los más pequeños si sólo nos ocupamos de su nutrición biológica, descuidando sus necesidades tempranas de asistencia libidinal que marcan el camino de su riqueza intelectual futura.

Distintas producciones científicas señalan que la riqueza libidinal de estas relaciones es la que atesora y suministra la confianza básica necesaria para que el despliegue psíquico de los niños pequeños pueda concretarse en el futuro, por lo cual, si estamos preocupados por la riqueza intelectual de la niñez, es imprescindible comenzar desde muy temprano con activa-

dores libidinales sencillos, como son los cantos y los cuentos para asegurar la tramitación simbólica necesaria para la nutrición de su cerebro y su psiquismo.

Investigaciones neurobiológicas han comprobado que cada vez que la voz de la madre es escuchada, el milagro de los entrecruzamientos sinápticos iniciales se consolida. Su cerebro se prepara para recibirla y su inteligencia comienza a desarrollarse.

Se ha constatado que la falta de palabras y las restricciones en los procesos de simbolización son una carencia que deja secuelas irreparables en las posibilidades de comprender y ser comprendidos para un extenso grupo de niños escasamente asistidos cuando son pequeños.

Los escasamente asistidos de hoy serán los simbólicamente pobres de mañana.

Si no queremos reproducir un ejército de pobres intelectuales, tenemos que proponernos liberar a las madres de las preocupaciones que parecen mayores para poder desplegar con ternura los requerimientos de crianza de los bebés desde que nacen, aunque éstos parezcan no molestar y arreglarse sólo con la teta y con la tele.

Consideramos que los tres primeros años proporcionan -no sólo a los padres sino a los responsables políticos, a los cuidadores y a los agentes de salud- una oportunidad única y delimitada durante la cual experiencias y programas adecuados pueden intervenir para desarrollar mejores perspectivas psíquicas y biológicas en los más pequeños.

Desde hace unos años, preocupada por esta problemática, la cátedra de Psicopedagogía Clínica está llevando a cabo una investigación -subvencionada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires- acerca del riesgo que implica, para la infancia, la restricción en los procesos de simbolización. Habiendo investigado acerca del lugar de la narrativa, los cantos, los arrullos y sostenes iniciales como antecedentes necesarios para que el deseo y el caudal de la simbolización se activen, decidimos solicitar apoyo estratégico y económico al Consejo del Niño y de la Niña del Gobierno de la Ciudad y a UNICEF Argentina, para que la experiencia que hoy presentamos pudiera concretarse.

Decidimos dirigir nuestro trabajo a los padres de niños pequeños en situación de pobreza extrema, por considerar que representan una de las poblaciones actuales con mayor riesgo de devastación simbólica.

La experiencia tuvo por objeto trabajar con madres de los niños pequeños para potenciar en ellas el deseo de transmisión de sus saberes, sus culturas y sus cantos como antecedentes del despliegue de los procesos de simbolización de sus hijos.

Cuando comenzamos a trabajar con madres de niños pequeños, al principio todas las intervenciones y preocupaciones



eran sobre quejas: los padres, los varones, los límites, los robos, mientras sus pequeños dormían.

Nuestro trabajo se dirigió a despertarlos, a que pudieran hablarlos, arrullarlos y sostenerlos con sus músicas y diversiones. Se trataba de recuperar sus experiencias infantiles, sus saberes maternos heredados y los recuerdos de infancia con relación a hermanos menores y mayores, transmitiendo confianza, pesares y alegrías.

Desde estas intervenciones, sus semblantes cambiaron. Empezaron a hablar más, de cada vez más cosas.

En cada una de las instituciones participantes se organizaron diez reuniones de padres con dos agentes de salud acompañados por alumnos de carreras universitarias afines a la experiencia como aprendices de gestión y agentes solidarios en formación.

Con la experiencia conseguimos comprobar que, cuando los padres disfrutan en la asistencia libidinal del hijo con arrullos, cantos y caricias, encuentran entre ellos mismos lazos simbólicos insospechados; hubo un grupo que decidió seguir sin nosotros, haciendo juguetes para sus hijos, otro se distribuyó un cancionero de las canciones que habitualmente les cantaban y algunos grabaron sus voces con canciones de su infancia.

Toda la experiencia se organizó alrededor del suponer que sólo si originariamente se hallaron palabras y mimos suficientes, el proceso de simbolización puede desplegarse y que, si por hechos críticos o traumáticos, estas experiencias pobladas de palabras y arrullos no se consolidan suficientemente, el futuro simbólico de los niños puede ponerse en situación de riesgo.

No se trata de estimular especialmente a los niños desde pequeños, sino de

rodearlos de caricias, de cantos, de palabras escuchadas, de melodías que enternecen y de arrullos que sostienen, en una cuna psíquica plagada de ternura y de canciones que la crisis no pueda destruir.

La forma en que sus padres organizan la crianza, y su pobreza expresiva, amenazan la riqueza en la constitución psíquica en los niños antes de que ingresen a cualquier institución secundaria, por lo cual promover la circulación del lenguaje, los cantos y los cuentos por parte de los padres, antes de ingresar a la escuela, resulta prioritario si se desea incentivar los procesos de simbolización en la infancia. Se tratará, entonces, de asegurar sostenes libidinales y potenciar alrededor del niño pequeño una cuna psíquica plagada de canciones y palabras que la sostengan y consoliden "la lengua materna".

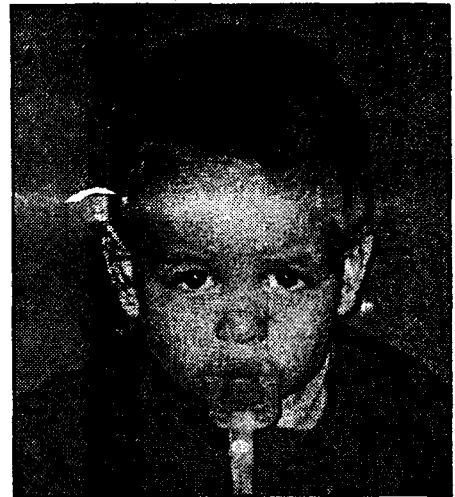
Esta lengua, única, porque es la que proviene de una persona singular, que la transmite con tonos, cadencias y modulaciones que conmueven, es el primer organizador del niño. Lo primero que hace que el niño postergue su llanto.

Esta lengua es la que se escucha con confianza y que posibilita las primeras postergaciones, casi diríamos que está entre las primeras formas de mitigar el dolor que produce el hambre.

Si la madre canta, habla, se prepara, el bebé se calla.

Impactado por la voz que antecede al placer, éste queda asociado a esta situación y atrae como algo extraño, distinto, que repite un idioma desconocido, sin códigos, que el sujeto intentará conocer para tenerlo. De tanto escucharlas, conmueven y se hacen propias.

A medida que el niño crece, esta lengua íntima, con modulaciones y particularidades que no todos comprenden, es aquella de la que el niño se apropia.



Si las madres se amedrentan, anulan sus historias y dan curso insuficiente a sus cantos, es muy difícil instalar secundariamente el interés y el deseo de apropiación de símbolos y novedades. El tesoro de la simbolización está efectivamente escondido en las palabras que rodean los senos maternos.

Simbolizar es abandonar el predominio de las acciones para iniciarse en el mundo de las transmisiones, del sentido, de la posibilidad de conmoverse y ser comprendido.

Las madres, abrumadas por las dificultades cotidianas, nutren a sus hijos con leche, si la tienen, y tratan de atender preocupaciones que en el momento parecen mucho mayores. Esta situación, que no contempla el tiempo, el cariño, el sostén, los arrullos y la confianza necesaria para un niño que nace, no posibilita que se consoliden los entrelazamientos libidinales que motivan su deseo de existencia.

Los niños pequeños sólo lloran. Muchos de ellos se calman solamente con la leche materna y la televisión, con lo cual los lazos de humanización que se establecen entre madre e hijos, en los primeros momentos, son cada vez más frágiles.

En síntesis, este nuevo tipo de niños nace en condiciones de exclusión económica que centra el psiquismo de sus progenitores en la resolución de un presente que por su impacto y crudeza anula toda posibilidad de proyecto y deseo de asistencia a sus hijos pequeños, que suelen ser aquellos que no molestan y que -con suerte- tienen el alimento naturalmente asegurado."

Silvia Schlemenson es doctora en Psicología. Profesora titular de Psicopedagogía Clínica en la Facultad de Psicología, UBA. Autora de *Leer y escribir en contextos sociales complejos* y compiladora de *Niños que no aprenden, actualizaciones en el diagnóstico pedagógico*.

## La crianza y el desarrollo de la posibilidad de pensar

“Nuestra sociedad no sólo está empobrecida, sino que es una sociedad profundamente devastada desde el punto de vista del pensamiento. En esta ocasión nos centraremos, entonces, en la no reducción del sujeto a sus condiciones biológicas de existencia. La posibilidad de que algo sea transitorio permite que el sujeto no quede totalmente coagulado en aquello que le está ocurriendo. No es lo mismo estar desocupado que ser desocupado (por suerte, el idioma castellano, a diferencia de otras lenguas, cuenta con dos verbos distintos: *ser* y *estar*). Luchamos para que estar en la pobreza no se convierta en ser pobre, para que estar en la marginación no signifique ser un marginal para siempre. Sabemos del carácter profundamente des-subjetivante que tienen las propuestas que transforman al ser humano en un puro receptor de alimentos.

¿Qué implica hablar de inteligencia humana?

La inteligencia es el producto de la creación humana y no está en correlación directa con el mundo de la naturaleza. Si un bebé naciera y fuera sólo atendido biológicamente, no llegaría nunca a producir una inteligencia humana. Los prerrequisitos biológicos no alcanzan por sí solos, son terrenos sobre los que se asienta la construcción de la inteligencia. Así como hemos aprendido que los recursos naturales no alcanzan para producir riqueza, es indudable que los recursos naturales biológicos no alcanzan para producir ningún tipo de producción simbólica. Por eso la crianza siempre es una creación. Cuando culmina en algo que estadísticamente es tan normal, nos parece que se da en sí mismo, sin entender que en realidad implica una operatoria muy compleja sobre la cría: arrancarlo del mundo natural e introducirlo en un mundo no sólo de símbolos, sino de ruptura de la percepción y de la reproducción de la realidad.

La operatoria que realiza el adulto - en general, la madre - es de profunda subversión de la naturaleza. El adulto realiza sobre el bebé un conjunto de acciones que no tienen nada que ver con la preservación de la vida biológica. Es un conjunto de acciones que, paradójicamente, al tiempo que alivian las

tensiones naturales implican niveles de excitación que no tienen descarga inmediata: le habla, lo toca, cuando lo cambia no sólo le cambia el pañal sino que lo besa, en fin, un conjunto de acciones sobre el cuerpo del niño. Le habla, le habla a alguien que no entiende; un delirio que tiene la cualidad de producir algo que no estaba previamente. Es la convicción delirante de la madre sobre el niño lo que permite que ese niño acceda algún día al universo simbólico. Esa operatoria genera las condiciones de la humanización.

Al mismo tiempo, ¿de qué tipo son esas primeras representaciones que el ser humano tiene?

En el ser humano se producen pensamientos antes de que haya un sujeto que piensa, antes de que haya alguien que piensa.

En el psiquismo humano, estas experiencias con el otro, que producen estados de excitación, representaciones que no pueden descargarse, empiezan a circular por vías que son inéditas. Este proceso que se da en el encuentro con la cría humana, y que es del orden de la humanización, genera representaciones que tienen características absolutamente insólitas: son representaciones residuales de la relación con el mundo, y al mismo tiempo no reflejan al mundo. Por ejemplo, en el encuentro con el pecho, o con la mamadera, el bebé no tiene cómo ar-

mar un concepto que le haga reflejar el pecho en su cabeza, lo que se produce es un conglomerado de percepciones y sensaciones muy particulares que, una vez producidas, aparecen en la mente sin que haya alguien que está pensando. La existencia de representaciones, de simbolizaciones, antes de que haya alguien que las pueda pensar es la paradoja genial de la creación humana, porque los objetos que se producen son objetos no existentes en el mundo, pero imposibles de ser contruidos sin la materialidad que el mundo brinda. Ese mundo es el que vivimos, que está constituido por representaciones.

“¿En qué año vivió Sherlock Holmes?”, me preguntaba hace algunos años una joven alumna, pero no se refería a la novela, sino al hombre, dando por descontado su existencia misma como ser viviente. Daba cuenta con esta pregunta del hecho de que los productos humanos existen, no sólo en el espacio real del libro, no sólo en el espacio virtual de la mente, sino en el espacio real de la cultura, más allá de su creación misma.

Estamos hablando de un nivel de complejidad que es absolutamente imposible de reducir al mundo de la naturaleza, que implica creaciones que una vez puestas en marcha ya son irreductibles.

La crianza como creación está compuesta por dos elementos. Por un lado, cuando uno cría a otro piensa de alguna manera que sólo está desarrollando lo que ya es. (Si realmente pensáramos que estamos construyendo algo que en sí mismo todavía no es, nos asustaríamos mucho.) ¡Bendito desconocimiento que nos permite ser tan inconscientes! Pero, por otra parte, tiene que ver con el nivel de proyectos y de sueños que se estructuran sobre la cría.

Más que preguntarnos si ese hijo ha sido deseado -cuestionamiento que pierde sentido en muchos sectores que no participan de cierto tipo de cultura-, hay que plantearse si ese hijo que ha nacido va a ser deseado a partir de la operatoria simbólica que se realiza.

En la experiencia “Crianza, cantos y cuentos”, justamente, es impactante cómo las madres pueden recuperar los aspectos lúdicos de infancia en la relación con los hijos, cuando toda la cultura tiende a plantear que lo lúdico es lo superfluo, muy en particular en nuestro país. La reducción plantea que aquello que es específicamente humano pasa a ser del orden de lo superfluo, con lo cual el cantar, el jugar, el soñar, el aprender cosas que no sirven para nada, pasan a ser parte de lo superfluo. Desconociendo que es, precisamente, el derecho a lo simbólico lo que restituye al ser humano su condición de humano.

El desmantelamiento psíquico no pasa por la economía, pasa por la convic-



ción de la naturalización de la imposibilidad de estructurar algo diferente a lo que tenemos.

El efecto más grave que tienen las condiciones actuales no es solamente dejar en la marginación a una enorme cantidad de gente, sino de generar la ilusión de que esto es natural.

Al generar esa ilusión, todo lo otro se transforma en superfluo. Las escuelas entonces se tienen que transformar en lugares de asilo de la pobreza, no en lugares de construcción de futuro, de construcción de conocimiento.

En el placer de criar, tenemos que rescatar la no reducción del que cría puramente a la conservación biológica de sí mismo y del otro, y, por otra parte, la recuperación de la noción de futuro.

A medida que el pensamiento se instala, el yo tiene la tarea de autoconservación de la vida, de reconocerse como existiendo con vida; el yo requiere del cuerpo para sostenerse.

En tiempos más o menos normales, la autoconservación del yo y la auto preservación de la identidad van juntos. Uno puede conservar la vida sin dejar de ser quien es.

En algunos tiempos terribles esto entra en contradicción. Hay que elegir vivir a costa de dejar de ser, o hay que elegir seguir siendo a costa de morir.

Nuestra sociedad plantea una contradicción entre el ser y el existir. Entre seguir siendo quienes somos o sobrevivir desde el punto de vista material y económico.

A tal punto que uno de los efectos más graves de este proceso de desmantelamiento que padecemos -no podemos seguir hablando de crisis, es banalizar una situación, ya que las crisis empiezan y terminan- tiene dos características: se producen procesos muy severos de des-subjetivización, y procesos muy severos de des-identificación.

En ese marco, entonces, se plantean las representaciones para los niños.

Supongamos que ese niño ha nacido, tiene el yo instituido, y establece las relaciones con el otro que le permiten insertarse desde el punto de vista del aco-

plamiento al semejante; supongamos que el psiquismo se ha ordenado, y hay alguien que además transmite el placer de criar. (Precisamente, la cuestión del placer de criar está en la transmisión del placer de la producción, la forma en la cual se transforma en lúdico -aquello que es algo autopreservativo.)

Si no se da la transferencia de lo lúdico a la producción, la producción pierde toda posibilidad de transformarse en intercambio en el sentido profundo del término.

Es muy conmovedor cómo, en situaciones tremendas como las de campos de concentración, no se pierde la posibilidad productiva, la posibilidad de crear en medio de esas condiciones.

La inteligencia es impensable si no es sobre la base del orden del plus. Así como en una sociedad, para que haya circulación, tiene que haber algún excedente (aun el trueque muestra la circulación de un excedente, circulan restos de una sociedad de consumo); así como es imposible el intercambio sin exceso, es imposible la producción de inteligencia sin exceso simbólico.

La producción de inteligencia se ejerce sobre un plus, es precisamente el excedente que no reduce el cuerpo biológico a lo autoconservativo lo que crea las condiciones de producción simbólica que hacen que el niño pueda constituirse de cría humana en ser humano.

El concepto de creación remite al concepto de posibilidad.

La posibilidad no está dada simplemente como algo que está determinado y prefijado. La posibilidad es, precisamente, en un abanico de determinaciones, aquello que permite que, siendo operatoria, pueda producirla. Lo que

encontramos no determina necesariamente un punto de llegada y de partida.

Tenemos un enorme capital acumulado de conocimiento y de inteligencia, el hambre no lo va a dismantelar necesariamente. Sabemos que en los campos de concentración los sobrevivientes volvieron a recuperar su inteligencia.

Por supuesto que los niños desnutridos, cuyas imágenes nos impactan en la actualidad, es posible que ya hayan tenido destrucción de tejido nervioso central.

Pero no es el caso de la mayoría de los niños que vive en condiciones de marginación.

Tenemos que darles la posibilidad de que tomen el rumbo que tienen que tomar para sobreponerse a las condiciones actuales de depredación simbólica.

Creo que es absolutamente notable que una cátedra como la de Psicopedagogía Clínica, que siempre se ha ocupado de los problemas de aprendizaje, hoy haya tomado, en función de las circunstancias, la responsabilidad de plantearse el tema de la construcción de la inteligencia y no de sus fracasos.

Esto es notable como compromiso y muestra la capacidad de recuperar las necesidades de cada momento histórico." NE



Silvia Bleichmar es doctora en Psicoanálisis, Universidad de París VII. Docente de la Universidad de Buenos Aires. Es autora de *En los orígenes del sujeto psíquico*, *La fundación de lo inconsciente*, *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, y *Dolor país*.